

Día de Hispanoamérica 2014

La alegría de ser misionero

OCHSA

(Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana)



SACERDOTES DIOCESANOS MISIONEROS

OCSHA

(Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana)

La Iglesia en España ha sido siempre muy generosa con la cooperación misionera desde sus orígenes. Dios ha suscitado en el interior de las comunidades cristianas numerosas y santas vocaciones para la misión. Pero es a finales del siglo XV cuando se ensancha la actividad misionera de la Iglesia, las Órdenes y congregaciones religiosas son quienes mantienen durante siglos y de manera preponderante la responsabilidad evangelizadora y misionera. A ellas se debe la evangelización de América Latina como principal destino de la cooperación misionera.

Pero la gran contribución de la Iglesia a la evangelización de los pueblos alcanza un renovado impulso en el siglo XIX con el nacimiento de nuevas congregaciones religiosas cuyo carisma fundacional es la misión *ad gentes*, que les lleva a redescubrir su responsabilidad misionera con el envío de sus miembros a trabajar en lugares de misión. Estos son en su mayoría religiosas y religiosos. La presencia del clero secular diocesano en esta acción eclesial es llamativamente escasa, realizada a título personal y sin respaldo institucional.

Será a finales del siglo XIX cuando se inicia la promoción de la vocación misionera de sacerdotes y de laicos enviados en cada caso por la Iglesia diocesana. Incitativa que en la actualidad está consolidada y es sumamente enriquecedora tanto para la Iglesia que recibe como para la que envía. En este contexto se entienden las palabras del papa Francisco en su primer *Mensaje* del DOMUND:

«Exhorto a los misioneros y a las misioneras, especialmente a los sacerdotes *fidei donum* y a los laicos, a vivir con alegría su precioso servicio en las Iglesias a las que son destinados, y a llevar su alegría y su experiencia a las Iglesias de las que proceden, recordando cómo Pablo y Bernabé, al final de su primer viaje misionero «contaron todo lo que Dios había hecho a través de ellos y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles» (*Hch* 14:27). Ellos pueden llegar a ser un camino hacia una especie de “restitución” de la fe, llevando la frescura de las Iglesias jóvenes, de modo que las Iglesias de antigua cristiandad redescubran el entusiasmo y la alegría de compartir la fe en un intercambio que enriquece mutuamente en el camino de seguimiento del Señor».

Misioneros *fidei donum*

A instancia de Mons. Romero de Lema, la Junta Metropolitana de los Arzobispos españoles aprueba en noviembre de 1948 la iniciativa de promover una nueva fórmula de colaboración con las Iglesias más necesitadas de América Latina mediante el envío de sacerdotes diocesanos. Es un nuevo cauce que se suma a la experiencia misionera de sacerdotes del IEME y de los sacerdotes que han “salido” acogidos a las “Misiones Diocesanas Vascas”. Iniciativas que son anticipo y anuncio de lo que claramente propondrá años después Pío XII con su encíclica *Fidei donum*. A partir del año 1957 comienza a difundirse en la Iglesia la figura del misionero *fidei donum*, que viene a completar el rostro universal de la Iglesia en su dimensión misionera.

Sirvan como testimonios de gratitud el reconocimiento de los tres últimos pontífices:

- Juan Pablo II: «A veinticinco años de distancia, quise subrayar la gran novedad de aquel documento (encíclica *Fidei donum*), que ha hecho superar “la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia” (DOMUND 1982). Hoy se ven confirmados la validez y los frutos de esta experiencia; en efecto, los presbíteros llamados *Fidei donum* ponen en evidencia de manera singular el vínculo de comunión entre las Iglesias, ofrecen una aportación valiosa al crecimiento de comunidades eclesiales necesitadas, mientras encuentran en ellas frescor y vitalidad de fe. Es necesario, ciertamente, que el servicio misionero del sacerdote diocesano responda a algunos criterios y condiciones. Se deben enviar sacerdotes escogidos entre los mejores, idóneos y debidamente preparados para el trabajo peculiar que les espera (cf. *Ad gentes*, 38). Deberán insertarse en el nuevo ambiente de la Iglesia que los recibe con ánimo abierto y fraterno, y constituirán un único presbiterio con los sacerdotes del lugar, bajo la autoridad del obispo (cf. *Ad gentes*, 20). Mi deseo es que el espíritu de servicio aumente en el presbiterio de las Iglesias antiguas y que sea promovido en el presbiterio de las Iglesias más jóvenes» (RM, 68).
- Benedicto XVI: «En nombre de la Iglesia entera, expreso un agradecimiento especial a los presbíteros *Fidei donum*, que con competencia y generosa dedicación, sin escatimar energías en el servicio a la misión de la Iglesia, edifican la comunidad anunciando la Palabra de Dios y partiendo el Pan de Vida; hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo. En ellos se ve de manera elocuente lo que significa ser sacerdote hasta el fin» (SC, 26).

- Francisco: «Estoy agradecido especialmente a los misioneros y misioneras, a los presbíteros *fidei donum*, a los religiosos y religiosas y a los fieles laicos —cada vez más numerosos— que, acogiendo la llamada del Señor, dejan su patria para servir al Evangelio en tierras y culturas diferentes de las suyas» (*Mensaje DOMUND* 2013).

El servicio de la OCSHA

En junio del año 1949 nace la Obra de Cooperación Sacerdotal Hispanoamericana (OCSHA), promovida y atendida por la Conferencia Episcopal Española a través de la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias. Desde entonces han sido enviados a las Iglesias más necesitadas de América Latina la nada despreciable cifra de 2.281 sacerdotes españoles que, sin perder su incardinación en la diócesis de origen, se han comprometido por tiempo prolongado, no menos de tres años, en la actividad evangelizadora de las Iglesias nacientes en el continente americano. Con ocasión del 50 aniversario de su fundación, el papa Juan Pablo II expresaba su «deseo de unirme a la acción de gracias al Señor por los más de dos mil sacerdotes de las diócesis españolas que han dedicado buena parte de su vida a colaborar con otras Iglesias hermanas, movidos ante todo por la fuerza de su fe en Cristo, cuya novedad y riqueza no pueden esconder ni conservar para sí (cf. RM, 11), así como por el aliento y la solicitud pastoral de sus obispos, conscientes de su responsabilidad común respecto a la Iglesia universal (cf. LG, 23; OT, 10). Su experiencia misionera les ha enriquecido, haciéndoles ver la incommensurable fuerza salvadora del Evangelio en situaciones a veces inéditas e insospechadas para ellos, convirtiéndoles después, con frecuencia, en agentes de renovación en sus propias comunida-

des de origen, en las que pueden aportar perspectivas de formas de expresión de fe y de vida cristiana nacidas en el corazón creyente del continente americano».

En la actualidad permanecen en la misión 309 sacerdotes que han respondido a la llamada de Dios con la decisión de «salir —en palabras del papa Francisco— de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio». (EG, 20). Muchos de ellos han optado por consumir su sacerdocio en aquellas tierras una vez se han insertado en las comunidades a las que sirven. No pocos son mayores en edad y todo hace presumir que se consumará su deseo de morir y ser enterrados en aquellas tierras. Otros, después un largo servicio, han regresado a la diócesis que les envió para seguir recordando con su testimonio que su «salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (EG, 15). Sus muchos años de servicio sacerdotal nos ofrece la posibilidad de celebrar con ellos, con los que permanecen en la misión y con los regresados, sus bodas de oro sacerdotales con motivo del Día de Hispanoamérica, el próximo 2 de marzo.

Es justo recordar la espléndida historia de la OCSHA y las motivaciones que impulsaron a tantos sacerdotes a emprender esta importante acción misionera de la Iglesia española, entre las que destaca la incuestionable responsabilidad histórica de nuestra Iglesia con las Iglesias de América. Siempre estuvieron presentes en la fundación y en la vida de la OCSHA el sentido de comunión eclesial y misionera dentro de una vocación que se compaginaba con el carácter diocesano de la vocación misionera del presbítero secular. El empuje misionero de los propios sacerdotes diocesanos, de los obispos, de la Conferencia Episcopal, ha hecho posible unas páginas evangelizadoras ejemplares en las que no faltan auténticos testigos, verdaderos mártires.

El espíritu que inspira estas características de la identidad de la OCSHA justifica su nacimiento como cauce a través del cual las Iglesias de España ejercen su responsabilidad misionera, y hace evidente la relación entre las Iglesias donde la comunión entre ellas tiene un sentido “bidireccional”. Por una parte el sacerdote de OCSHA está incardinado en su propia diócesis de origen, lo que, lejos de coartarle, le convierte en «sacramento de la *missionariedad* del obispo». Por otra parte, los obispos de las diócesis de destino deben saber que, a través de los sacerdotes de la OCSHA, se realiza una parte muy importante de su actitud de comunión. Así se explica la necesidad de constituir organismos supradiocesanos, que no hacen sino potenciar la comunión, por su completa disponibilidad al servicio de la misma.

La alegría de ser misioneros

El lema que se ha elegido para esta Jornada tiene mucho que ver con la vocación y la entrega de los misioneros de la OCSHA. Alegría que no tienen en exclusiva, pero que por ser misioneros la comparten en plenitud con aquellos a quienes anuncian la Buena Noticia de la fe y del encuentro con Dios. Francisco hace suyas las palabras paradigmáticas de la identidad del misionero que de nuevo nos han sido recordadas en el *Mensaje* que la CAL ha enviado a la Iglesia en España: «Recobremos, pues, el fervor espiritual. Conserveemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo —como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia— con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea esta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual —que busca a

veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo» (EN, 80; DA, 552; EG, 10).

Alegría como expresión natural de reconocerse testigos de las maravillas de Dios, del amor misericordioso de Dios, de la ternura de Dios hacia los hombres, especialmente a los más necesitados. «La inmensa mayoría de los pobres —recuerda Francisco en la *Evangelii Gaudium*— tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria» (n. 200).

Los misioneros han entendido que esta alegría no puede reservarse para uno mismo, por lo que han de compartirla con los demás y de esta manera se transforma en alegría misionera, que «siempre tiene la dinámica del éxodo y del don, del salir de sí, del caminar y sembrar siempre de nuevo, siempre más allá (...)», sin detenerse porque «el Espíritu lo mueve a salir hacia otros pueblos» (EG 21). Palabras que tienen la virtualidad de suscitar en todas las diócesis españolas, en comunidades religiosas y en movimientos eclesiales, nuevas y numerosas vocaciones misioneras. La fe crece dándola: crece en los mismos misioneros y crece en quienes se benefician de sus servicios evangelizadores. Crece también en las diócesis de origen, trabajadas por la gracia del Espíritu Santo, que continúa

haciendo resonar el mandato de «ir y hacer discípulos de todas las naciones» y las edifica con el testimonio de sus hijos que han dado generosa y efectiva respuesta a este mandato.

Por ser mensajeros de esta alegría, que brota de la fe en el Resucitado, damos gracias a Dios por los sacerdotes de las diócesis españolas que han dedicado buena parte de su vida a colaborar con otras Iglesias hermanas, movidos ante todo por la fuerza de su fe en Cristo, cuya novedad y riqueza no pueden esconder ni conservar para sí (cf. RM, 11). Su experiencia misionera les ha enriquecido, haciéndoles ver la inconmensurable fuerza salvadora del Evangelio en situaciones a veces inéditas e insospechadas para ellos, convirtiéndoles después, con frecuencia, en agentes de renovación en sus propias comunidades de origen. Por estos y otros motivos hacemos nuestras las palabras de gratitud que el papa Juan Pablo II pronunció en la Conferencia Episcopal Española el 15 de junio de 1994: «Ya en mi visita a Zaragoza de 1984, y más recientemente en Santo Domingo, tuve ocasión de expresar mi viva gratitud y la de toda la Iglesia por la ingente labor evangelizadora de aquella pléyade de misioneros españoles que llevaron el mensaje de salvación al mundo entero. Hoy lo hago nuevamente, ante vosotros, consciente de que os transmito también el reconocimiento de las comunidades eclesiales de América. Sé los esfuerzos que habéis hecho en estos últimos años para estrechar la comunión y cooperación misionera con aquellas Iglesias hermanas, y os aliento a continuar e intensificar dicha labor, con la que también podrá contrarrestarse la creciente acción proselitista de sectas y nuevos grupos religiosos en América Latina».

Madrid, 2 de enero de 2014

